

Una revelación del destino del mundo

Desde la cumbre del Monte de los Olivos, Jesús contemplaba Jerusalén, donde resaltaban las magníficas construcciones del Templo. El sol poniente doraba la nivea blancura de sus muros de mármol y se reflejaba en la parte superior del Templo y su torre. ¿Qué miembro del pueblo de Israel podía observar la escena sin sentir gozo y admiración? Pero eran otros los pensamientos que ocupaban la mente de Jesús. “Cuando se acercaba a Jerusalén, Jesús vio la ciudad y lloró por ella” (S. Lucas 19:41).

Jesús no derramaba lágrimas por sí mismo, aunque ante él se encontraba el Getsemaní, el escenario de su próxima agonía, y poco más allá estaba el Calvario, el lugar de su crucifixión. Pero, no eran estas las escenas que ensombrecían esta hora de alegría. Lloraba por el fatal destino de los millares de Jerusalén.

Jesús observaba la historia de más de mil años en que el favor especial y el cuidado protector de Dios se habían manifestado hacia el pueblo elegido. Jerusalén había sido honrada por Dios más que cualquier otro lugar de la Tierra. El Señor “eligió a Sión, y decidió establecer allí su santuario” (Salmo 132:13, RVC). Durante siglos, los santos profetas habían anunciado mensajes de advertencia. A diario, la sangre de los corderos había sido ofrecida para representar la del Cordero de Dios.

Si Israel se hubiera mantenido leal al Cielo, Jerusalén habría permanecido para siempre como la elegida de Dios. Pero la historia de este pueblo favorecido era un registro de apostasías y rebeliones. Con más amorosa compasión que un padre, Dios había tenido “amor a su pueblo y al lugar donde habita” (2 Crónicas 36:15).

Dado que las amonestaciones y las reprensiones habían fallado, él envió el mayor don del Cielo, el Hijo de Dios mismo, para exhortar a la ciudad obstinada.

Durante tres años, el Señor de luz y gloria había caminado entre su pueblo “haciendo el bien y sanando a todos los que estaban oprimidos por el diablo”, poniendo en libertad a los cautivos, devolviendo la vista a los ciegos, haciendo andar a los cojos y oír a los sordos, limpiando a los leprosos, resucitando a los muertos y predicando el evangelio a los pobres (ver Hechos 10:38; S. Lucas 4:18; S. Mateo 11:5).

Como un peregrino sin hogar, vivió para suplir las necesidades y aligerar las penas de la humanidad, y para rogarles que aceptaran el don de la vida. Las olas de misericordia, rechazadas por esos corazones obstinados, regresaban en una marea más

fuerte de amor compasivo e inexpressable. Pero Israel había rechazado a su mejor Amigo y a su único Ayudador. Los ruegos de su amor habían sido despreciados.

La hora de esperanza y perdón se estaba esfumando rápidamente. La tormenta que se había estado formando durante siglos de apostasía y rebelión estaba por estallar sobre un pueblo culpable. El único que podía salvarlos de su destino inminente había sido despreciado, maltratado y rechazado, y pronto iba a ser crucificado.

Cuando Cristo contempló Jerusalén, lo angustiaba la condenación de toda una ciudad, de toda una nación. Contempló al ángel destructor con la espada levantada contra la ciudad que durante tanto tiempo había sido la morada de Dios. Desde el mismo lugar que más tarde fue ocupado por Tito y su ejército, contempló, al otro lado del valle, los atrios y los pórticos sagrados. Con ojos inundados por las lágrimas, vio las murallas rodeadas de tropas enemigas. Oyó la marcha de los ejércitos que avanzaban en son de guerra, la voz de las madres y los niños que clamaban por pan en la ciudad sitiada. Vio su santo Templo, sus palacios y sus torres entregados a las llamas, y reducidos a un montón de ruinas humeantes.

Al mirar a lo largo de los siglos, vio al pueblo del Pacto esparcido por todos los países, “como náufragos en una playa desierta”. La piedad divina y el sublime amor de Cristo se volcaron en las amorosas palabras: “¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que se te envían! ¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos, como reúne la gallina a sus pollitos debajo de sus alas, pero no quisiste!” (S. Mateo 23:37).

Cristo vio en Jerusalén un símbolo del mundo endurecido en la incredulidad y la rebelión, que está pronto a recibir los juicios retributivos de Dios. Su corazón se conmovió de piedad por los que en la Tierra estaban afligidos y sufrían. Anhelaba aliviarlos, y estaba dispuesto a derramar su alma hasta la muerte para poner la salvación a su alcance.

¡La Majestad del Cielo envuelta en lágrimas! Esa escena muestra cuán dura es la tarea de salvar al culpable de las consecuencias de la transgresión de la Ley de Dios. Jesús vio al mundo envuelto en el engaño, un engaño similar al que causó la destrucción de Jerusalén. El gran pecado de los judíos fue que rechazaron a Cristo; el gran pecado del mundo sería rechazar la Ley de Dios, el fundamento de su gobierno en el Cielo y en la Tierra. Millones de personas esclavizadas por el pecado, en peligro de sufrir la muerte eterna, rehusarían escuchar las palabras de verdad el día que se las dijeran.

El magnífico Templo, condenado

Dos días antes de la Pascua, Cristo fue de nuevo con sus discípulos al Monte de los Olivos, que dominaba la ciudad. Una vez más, observó el Templo con su deslumbrante esplendor, una joya de hermosura. Salomón, el más sabio de los reyes de Israel, había completado el primer Templo, el edificio más magnífico que el mundo haya visto. Después de su destrucción por parte de Nabucodonosor, fue reedificado alrededor de quinientos años antes del nacimiento de Cristo.

Pero el segundo Templo no había igualado al primero en esplendor. No hubo una nube de gloria, no descendió fuego del Cielo sobre su altar. El Arca, el Propiciatorio y las Tablas del Testimonio no se encontraban allí. No se escuchaba una voz procedente del Cielo que le manifestara al sacerdote la voluntad de Dios. El segundo Templo no fue honrado por la nube de la gloria de Dios, pero sí con la presencia viva de aquel que era Dios mismo manifestado en carne. El “Deseado de todas las gentes” había venido a su Templo cuando el Hombre de Nazaret enseñaba y sanaba en los atrios sagrados. Pero Israel había rechazado el Don ofrecido por el Cielo. Junto con el humilde Maestro que ese día había salido por sus doradas puertas, la gloria se había apartado para siempre del Templo. Ya se estaban cumpliendo las palabras del Salvador: “La casa de ustedes va a quedar abandonada” (S. Mateo 23:38).

Los discípulos se habían llenado de asombro ante el anuncio profético de Cristo de que el Templo sería destruido, y anhelaban entender el significado de sus palabras. Herodes el Grande había contribuido tanto con tesoros romanos como con recursos judíos para darle mayor hermosura. Enormes bloques de mármol blanco, traídos desde Roma, formaban parte de su estructura. A estos, los discípulos habían llamado la atención de su Maestro, diciendo: “¡Mira, Maestro! ¡Qué piedras! ¡Qué edificios!” (S. Marcos 13:1).

Pero Jesús respondió con estas solemnes y terribles palabras: “¿Ven todo esto? Les aseguro que no quedará piedra sobre piedra, pues todo será derribado” (S. Mateo 24:2). El Señor les había dicho a los discípulos que él vendría por segunda vez. Por lo tanto, ante la mención de los juicios que caerían sobre Jerusalén, sus mentes se concentraron en su venida, y preguntaron: “¿Cuándo sucederá eso, y cuál será la señal de tu venida y del fin del mundo?” (S. Mateo 24:3).

Cristo presentó delante de ellos un delineamiento de los principales acontecimientos que ocurrirían antes del fin del tiempo. La profecía que pronunció tenía un doble significado. En tanto que anunciaba la destrucción de Jerusalén, predecía a la vez los terrores de los días finales del mundo.

Los juicios de Dios caerían sobre Israel por haber rechazado y crucificado al Mesías. “Así que cuando vean en el lugar santo ‘el horrible sacrilegio’, del que habló el profeta Daniel (el que lee, que lo entienda), los que estén en Judea huyan a las montañas” (S. Mateo 24:15, 16; ver también S. Lucas 21:20, 21). Cuando los estandartes idólatricos de los romanos se establecieran en los terrenos sagrados fuera de los muros de la ciudad, los seguidores de Cristo debían huir para salvarse. Los que escaparan debían hacerlo sin demora. Debido a los pecados de Jerusalén, la ira caería sobre la ciudad. Su persistente incredulidad hizo que su destrucción fuera segura (ver Miqueas 3:9-12).

Los habitantes de Jerusalén acusaron a Cristo de ser la causa de todos los problemas que les habían sobrevenido como consecuencia de sus pecados. Aunque sabían que él era sin pecado, declararon que su muerte era necesaria para la seguridad de la nación. Aceptaron la sentencia del sumo sacerdote, que les dijo que sería mejor que muriera un hombre y no que toda la nación se perdiera (ver S. Juan 11:47-53).

Aunque mataron a su Salvador porque él censuró sus pecados, ¿se consideraban a sí mismos como el pueblo favorecido de Dios y esperaban que el Señor los libertara de sus enemigos!

La paciencia de Dios

Durante casi cuarenta años, el Señor retrasó sus juicios. Había todavía muchos judíos que ignoraban el carácter y la obra de Cristo. Y los hijos no habían disfrutado del conocimiento que sus padres habían despreciado. Mediante la predicación de los apóstoles, Dios hizo que la luz brillara sobre ellos. Veían cómo la profecía se había cumplido no solamente con el nacimiento y la vida de Cristo, sino también con su muerte y su resurrección. Los hijos no fueron condenados por los pecados de sus padres; pero cuando ellos rechazaron el conocimiento adicional que les fue concedido, se hicieron partícipes de los pecados de sus mayores y colmaron la medida de su iniquidad.

Los judíos, en su obstinada rebeldía, rechazaron el último ofrecimiento de misericordia. Entonces, Dios retiró su protección de ellos. La nación fue abandonada al control del líder que había escogido. Satanás despertó las pasiones más feroces y degradadas del alma. Las personas eran irrazonables, y estaban dominadas por el impulso y el odio ciego, y actuaban con crueldad satánica. Amigos y parientes se traicionaban unos a otros. Los padres mataban a los hijos; y los hijos, a los padres. Los gobernantes no tenían poder para gobernarse a sí mismos. Las pasiones desordenadas los convertían en tiranos. Los judíos habían aceptado un falso testimonio para condenar al inocente Hijo de Dios. Ahora, falsas acusaciones hacían insegura su vida. El temor de Dios ya no les preocupaba. Satanás estaba a la cabeza de la nación.

Los líderes de partidos opositores combatían entre sí y se mataban sin misericordia. Incluso la santidad del Templo no detenía su horrible crueldad. El Santuario fue profanado con los cadáveres de los asesinados. Sin embargo, los promotores de esta obra infernal declararon que no tenían temor de que Jerusalén fuera destruida. Era la ciudad de Dios. Incluso cuando las legiones romanas rodearon el Templo, las multitudes se aferraron a su creencia de que el Altísimo se interpondría para derrotar a los adversarios. Pero Israel había despreciado la protección divina, y ahora no tenía defensa.

Presagios de una calamidad

Todas las predicciones dadas por Cristo acerca de la destrucción de Jerusalén se cumplieron al pie de la letra. Aparecieron señales y milagros. Durante siete años, un hombre estuvo recorriendo las calles de Jerusalén, declarando las desgracias que vendrían. Este extraño personaje fue apresado y azotado, pero ante el insulto y los maltratos, solamente contestaba: “¡Ay, ay de Jerusalén!” Finalmente, fue asesinado durante el sitio de la ciudad que él predijo.

Ni un solo cristiano pereció en la destrucción de Jerusalén. Después de que los romanos habían rodeado la ciudad bajo el mando de Cestio, inesperadamente

abandonaron el sitio cuando todo parecía favorable para el ataque. El general romano retiró sus fuerzas sin la menor razón aparente. La señal prometida había sido dada a los cristianos que la esperaban (S. Lucas 21:20, 21).

Los hechos se desarrollaron de tal manera que ni los judíos ni los romanos hubieran podido evitar la huida de los cristianos. Ante la retirada de Cestio, los judíos lo persiguieron, y mientras ambas fuerzas estaban así completamente ocupadas en batalla, los cristianos de todo el país pudieron escapar sin problemas a un lugar seguro: la ciudad de Pela.

Las fuerzas judías, al perseguir a Cestio y a su ejército, lo atacaron por la retaguardia. Solo con gran dificultad pudieron los romanos efectuar su retirada. Los judíos, con sus despojos, regresaron en triunfo a Jerusalén. Sin embargo, este aparente éxito les trajo solo el mal. Inspiró ese espíritu de tenaz resistencia a los romanos que trajo indescribibles sufrimientos a la ciudad condenada.

Terribles fueron las calamidades que cayeron sobre Jerusalén cuando Tito reanudó el sitio. La ciudad fue rodeada en ocasión de la Pascua, cuando millones de judíos se reunían dentro de sus muros. Anteriormente, muchos depósitos de provisiones habían sido destruidos debido a las luchas de las facciones contendientes. Ahora empezaron a experimentarse todos los horrores del hambre. Los hombres roían el cuero de sus cinturones y sus sandalias, y las cubiertas de sus escudos. Gran cantidad salía de noche para juntar plantas silvestres que crecían fuera de los muros de la ciudad, aunque muchos eran capturados y muertos en medio de crueles torturas. A menudo, a los que regresaban salvos se les robaba todo lo que habían recogido. Los esposos despojaban a sus esposas; y las esposas, a sus maridos. Los hijos arrebataban el alimento de las bocas de sus padres ancianos.

Los dirigentes romanos trataron de aterrorizar a los judíos y así obligarlos a rendirse. Los prisioneros eran azotados, torturados y crucificados ante los muros de la ciudad. A lo largo del valle de Josafat y en el Calvario, se levantaron cruces en tal cantidad que apenas había lugar para moverse entre ellas. De esta manera, fue castigada aquella imprecación terrible pronunciada ante Pilato: "¡Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!" (S. Mateo 27:25).

Tito se llenó de horror al ver los cadáveres amontonados en los valles. Como si estuviera en trance, observó el magnífico Templo, y ordenó que no se tocara ninguna piedra de su estructura. Dirigió un ferviente llamamiento a los líderes judíos para que no lo obligaran a contaminar con sangre el Lugar Sagrado. ¡Si lucharan en cualquier otro lugar, ningún romano violaría la santidad del Templo! Josefo mismo les rogó que se rindieran para salvarse, y para salvar también la ciudad y el lugar de culto; pero fue rechazado con amargas maldiciones. Arrojaron flechas contra él, su último mediador humano. Los esfuerzos de Tito para salvar el Templo fueron en vano. Uno mayor que él había declarado que no sería dejada piedra sobre piedra.

Finalmente, Tito, determinado a salvar el Templo de la destrucción, si era posible, decidió tomarlo por asalto. Pero sus órdenes fueron desobedecidas. Un soldado, aprovechándose de una abertura en el pórtico, arrojó un leño encendido, e inmediatamente las salas revestidas de cedro que rodeaban la casa santa estuvieron

envueltas en llamas. Tito se precipitó al lugar y ordenó a los soldados que apagaran las llamas, pero sus palabras no fueron obedecidas. En su furia, los soldados arrojaron antorchas encendidas a las salas adjuntas del Templo y masacraron a los que habían hallado refugio en ellas. La sangre corría como agua por las escaleras del Templo.

Después de la destrucción del Templo, la ciudad entera cayó en poder de los romanos. Los dirigentes judíos abandonaron sus torres impenetrables. Tito declaró que Dios los había entregado en sus manos, pues ninguna maquinaria, por poderosa que fuera, podría haber prevalecido contra esas estupendas fortalezas. Tanto la ciudad como el Templo fueron arrasados hasta sus fundamentos, y el terreno en el que estaba edificada la Casa Santa fue “arada como un campo” (ver Jeremías 26:18). Más de un millón de personas perecieron; los que sobrevivieron fueron conducidos como cautivos, vendidos como esclavos, arrastrados a Roma, arrojados a las bestias salvajes en los anfiteatros o dispersados como errantes peregrinos por la Tierra.

Los judíos habían colmado la copa de la venganza. En todas las desgracias que siguieron a su dispersión, estaban recogiendo la cosecha que sus propias manos habían sembrado. “Voy a destruirte, Israel, porque estás contra quien te ayuda. [...] ¡Tu perversidad te ha hecho caer!” (Oseas 13:9; 14:1). A menudo, los sufrimientos de los judíos son representados como un castigo ordenado directamente por Dios. De este modo, el gran engañador trata de disfrazar su propia obra. A causa de un rechazo caprichoso del amor y la misericordia divinos, los judíos habían hecho que se les retirara la protección de Dios.

No podemos saber cuánto le debemos a Cristo por la paz y la protección que disfrutamos. El poder refrenador de Dios impide que la humanidad caiga enteramente bajo el dominio de Satanás. Aun los desobedientes y desagradecidos tienen muchas razones para agradecer a Dios por su misericordia. Pero, cuando los seres humanos traspasan los límites de la tolerancia divina, el poder refrenador es quitado. Dios no actúa como el verdugo de la sentencia contra la transgresión. Él deja que los que rechazan su misericordia cosechen aquello que han sembrado. Cada rayo de luz rechazado es una semilla sembrada que produce su infalible cosecha. El Espíritu de Dios, persistentemente resistido, al fin se retira. Entonces no queda ningún poder para controlar las malas pasiones del alma, ninguna protección contra la malicia y la enemistad de Satanás.

La destrucción de Jerusalén es una solemne advertencia dirigida a todos los que rechazan las súplicas de la misericordia divina. La profecía del Salvador con relación a los juicios sobre Jerusalén todavía tendrá otro cumplimiento. En el destino de la ciudad escogida podemos ver el destino funesto de un mundo que ha rechazado la misericordia de Dios y pisoteado su Ley. Oscuros son los registros de la miseria humana que el mundo ha presenciado. Terribles han sido los resultados de rechazar la autoridad del Cielo. Pero una escena aún más tenebrosa es lo que se presenta en las revelaciones del futuro. Cuando el Espíritu refrenador de Dios se haya retirado totalmente, para no contener más el estallido de

la pasión humana y de la ira satánica, el mundo contemplará, como nunca antes, los resultados del gobierno de Satanás.

En ese día, como en la destrucción de Jerusalén, el pueblo de Dios será librado (ver Isaías 4:3; S. Mateo 24:30, 31). Cristo vendrá por segunda vez para reunir a sus fieles consigo, “y se angustiarán todas las razas de la tierra. Verán al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo con poder y gran gloria. Y al sonido de la gran trompeta mandará a sus ángeles, y reunirán de los cuatro vientos a los elegidos, de un extremo al otro del cielo” (S. Mateo 24:30, 31).

Los hombres deben cuidarse de no menospreciar las palabras de Cristo. Así como advirtió a sus discípulos acerca de la destrucción de Jerusalén para que huyeran de ella, así ha advertido al mundo acerca del día de la destrucción final. Todos los que quieran podrán huir de la ira que vendrá. “Habrá señales en el sol, la luna y las estrellas. En la tierra, las naciones estarán angustiadas y perplejas” (S. Lucas 21:25; ver también S. Mateo 24:29; S. Marcos 13:24-26; Apocalipsis 6:12-17). “Por lo tanto, manténganse despiertos”, es la amonestación de Cristo (S. Marcos 13:35). Los que escuchen la advertencia no serán dejados en tinieblas.

El mundo no está más dispuesto a creer el mensaje para este tiempo de lo que estaban los judíos para recibir la advertencia del Salvador con relación a Jerusalén. Sin importar cuándo venga, el día de Dios sobrevendrá en forma inadvertida para los impíos. Cuando la vida continúe su curso invariable; cuando los hombres estén embelesados en el placer, en los negocios, en la persecución del dinero; cuando los dirigentes religiosos estén admirando el progreso del mundo, y el pueblo esté adormecido en una falsa seguridad; entonces, así como el ladrón a medianoche entra en una casa sin custodia, vendrá la destrucción sobre los indiferentes e impíos, y “de ninguna manera podrán escapar” (ver 1 Tesalonicenses 5:2-5).